

# ¿Es Adecuada la Actitud Actual de EUA Hacia la Alianza para el Progreso?\*

Por TEODORO MOSCOSO

ES posible que les parezca a ustedes muy singular el hecho de que la mayor parte de nuestras discusiones en esta reunión hayan sido de índole francamente política, cuando quizás esperaban oírme hablar sobre todo de los problemas económicos y técnicos del desarrollo. Me siento obligado también a aclarar el significado del título que he dado a esta tercera y última conferencia, que tendría un nombre diferente si hubiera de bautizarla de nuevo.

Si bien es verdad que mi atención se centra y se ha centrado esencialmente en los problemas de naturaleza económica, y aunque quienes se dedican a esta difícil actividad de estimular el crecimiento económico tienen aún mucho que aprender, se ha alcanzado un amplio consenso en el curso de los últimos 15 años —a partir de la puesta en marcha del programa del Punto Cuarto— en cuanto a los aspectos esenciales del desarrollo. Hemos descubierto que la asistencia técnica no puede en la mayoría de los casos hacer milagros por sí sola. Hemos aprendido igualmente que la inyección de capitales no suele ser por sí misma la clave del proceso de desarrollo. Hoy sabemos que —con variaciones inducidas por las condiciones peculiares de cada país— se requiere un ataque total a lo largo de un considerable período para que un programa de desarrollo logre su arraigo y su fuerza para el avance. Los dólares y la asistencia técnica son meros instrumentos a utilizarse en un programa planificado en el que se especifiquen prioridades de proyectos y requerimientos. Necesitamos por encima de todo adiestrar al pueblo, crear las instituciones y desarrollar las aptitudes y prácticas indispensables para construir y hacer funcionar una economía productiva y moderna. La tarea abarca tanto al sector privado como al público de la economía de cada nación: a la agricultura y la industria, al transporte y los servicios públicos, a los banqueros y los dirigentes sindicales, a los doctores, estudiantes y —por último, pero tal vez el grupo más importante— a los maestros.

En resumen, el desarrollo afecta a todos y cada uno de los sectores y facetas de la vida de una nación. Tratar de

\* Esta es la última de las tres conferencias impartidas a mediados de febrero en el Mills College de California por el ex-administrador de la Alianza para el Progreso (1961-1964), quien renunció a su cargo el año pasado por sus discrepancias políticas con el nuevo gobierno de EUA.

suscitarlo requiere, por lo tanto, la adopción de innumerables e importantes decisiones políticas. Mi experiencia en Puerto Rico y en Venezuela —pero sobre todo mi experiencia como coordinador de la Alianza para el Progreso— me ha enseñado, al precio de muchas frustraciones, que es en este dominio en el que tenemos más por aprender y en el que nos encontramos más lejos de haber llegado a un punto de vista común.

Desde luego que las decisiones políticas cruciales y definitivas tienen que ser tomadas por los pueblos y gobiernos de los propios países en vías de desarrollo. Pero, evidentemente, cuando la ayuda es potencialmente tan decisiva y de hecho tan importante como aquella que la Alianza para el Progreso prevé que Estados Unidos ha de dar a las naciones latinoamericanas, la actitud de Washington puede tener una influencia considerable. El problema radica en que aun cuando los diplomáticos tradicionales no querrían comentar mucho las cuestiones a que me he referido hasta aquí, en la práctica cotidiana la historia es muy polémica. Permítanme darles un ejemplo: puede ser que desde el punto de vista del desarrollo sea decididamente dañoso conceder ayuda al país X, que ha hecho muy poco o nada en el terreno de la autoayuda a fin de demostrar su capacidad para usar efectivamente esa asistencia. Sin embargo, es posible que los objetivos políticos y diplomáticos de Estados Unidos, totalmente ajenos a nuestros fines como miembros leales de la Alianza para el Progreso, puedan pesar en favor de la concesión de esa ayuda. En otras palabras: puede ocurrir que EUA necesite el voto de un país determinado en la Organización de las Naciones Unidas o en la Organización de Estados Americanos, y es posible que entonces el gobierno de ese país —siguiendo la consagrada tradición de la fría diplomacia— pida un precio a cambio. Es en este contexto que decidí poner a esta conferencia el subtítulo "argumentos para una separación".

En numerosas ocasiones ha ocurrido —no siempre de manera tan cruda como en el ejemplo citado— que nuestros fondos de asistencia hayan sido utilizados para propósitos tan ajenos al desarrollo como de corto alcance. Mi argumentación en favor de la separación de las dos esferas no se basa

en una concepción romántica de un mundo perfecto en el que únicamente quienes son buenos y actúan rectamente reciben la justa recompensa. Se basa por el contrario en el reconocimiento de que se dan casos —creo que en un número menor que el de aquellos en que hemos permitido que se nos enrede casi por la fuerza— en que nuestros recursos (los de EUA) tienen que ser usados con vistas a objetivos diplomáticos inmediatos o para apuntalar financieramente a un gobierno irresponsable o inepto. Pero cuando tiene que hacerse esto los recursos no debieran provenir de fondos para el desarrollo.

El hecho lamentable consiste en que nuestros recursos para el desarrollo han sido con demasiada frecuencia canalizados hacia fines ajenos al desarrollo. Y lo que es peor: el uso de nuestros fondos en esa forma tiene un efecto francamente contrario al desarrollo. Como lo ha puesto de relieve nuestra última discusión, las capacidades directivas para la adopción de decisiones audaces y congruentes en favor del desarrollo están muy lejos de abundar en el hemisferio. Si Estados Unidos utiliza los valiosos recursos aprobados en el Congreso para los augustos propósitos de la Alianza para el Progreso en pagar regímenes que descuidan e incluso burlan esos fines ¿por qué han de escuchar los gobiernos débiles y cautos nuestras excitativas a que tomen el duro camino de la austeridad o para que se opongan a los poderosos intereses creados en nombre de la autoayuda y la reforma?

Lo que se necesita, por el contrario, es utilizar toda nuestra maquinaria gubernamental en favor del desarrollo. Postulo que no hay objetivo de más alta prioridad en nuestras relaciones con América Latina que el de ayudar a las repúblicas hermanas para que alcancen en el más breve lapso posible el desenvolvimiento autosostenido. Esta es la elevada meta que nos hemos fijado conforme a la Alianza para el Progreso y difícilmente lo habríamos hecho si no considerásemos que coincide con nuestros más altos intereses nacionales. ¿No se sigue de ello, entonces, que la clave de nuestra política interamericana debiera ser ese objetivo, y que sólo en los casos más excepcionales y previa discusión al más alto nivel debiera dejarse de lado este criterio?

Siendo así, debemos marchar más allá de la separación. Debemos —dentro de los límites de nuestra imaginación, de las normas de conducta internacionales y específicamente las interamericanas— estimular y apoyar activamente a aquellos gobiernos y fuerzas dedicados a realizar los fines de la Carta de Punta del Este. Puedo oírles ahora mismo, puedo oír las voces de protesta de los ilustrados juristas que existen entre nuestros diplomáticos norte y latinoamericanos, y de todos aquellos que en América Latina se oponen a las reformas económicas y sociales. Puedo oírles explayarse en sus argumentos sobre el código sagrado de la no intervención en los asuntos de otros países dentro de nuestra comunidad hemisférica. En respuesta, sólo puedo servir de eco a uno de los más inteligentes e imaginativos funcionarios que he conocido en nuestro servicio exterior, quien solía decir que la mera existencia de Estados Unidos representa una intervención, pues la potencia militar, política y económica de este país en el hemisferio es tan abrumadora que el simple hecho de encontrarnos en él es una intervención. Nuestras instalaciones militares protegen al hemisferio contra ataques del exterior. Nuestro peso político en las asambleas mundiales es tan grande que no puede ser desdeñado por ninguna de las repúblicas latinoamericanas. Y el comercio con EUA es cuestión de vida o muerte para ellas. Ciertamente constituimos un factor fundamental en la vida de las repúblicas latinoamericanas, aun cuando afortunadamente hace mucho tiempo que pasaron los días de Teodoro Roosevelt.

La intervención al antiguo y desacreditado estilo no se repetirá más. Pero la participación es un hecho. Y el tipo adecuado de participación puede ser sumamente benéfico.

Sostengo que trabajando abiertamente y sin timideces al lado de quienes actúan sinceramente en favor de los objetivos de desarrollo de esta Alianza, podremos precipitar el momento en que la disparidad entre EUA y las repúblicas de América Latina sea atenuada... el momento en que esas naciones disfruten en una mayor medida de genuina independencia que aquella de la que han gozado en el pasado o disfruten en la actualidad. Porque ¿qué otra cosa es el desarrollo autosostenido si no genuina y vigorosa independencia?

Por lo tanto, el problema radica en cómo podemos participar de manera más útil para bien de los países latinoamericanos y para nuestro beneficio mutuo dentro del marco

de la Alianza. Lo más urgente es el avance en la promoción de reformas básicas. Tenemos que lograrlo no solamente en términos de una mayor producción o un mayor ingreso fiscal, o de cualesquiera otros de los muchos objetivos tangibles del crecimiento económico. Tenemos que lograrlo para satisfacer las candentes aspiraciones de justicia social de los países latinoamericanos, lo que demasiado frecuentemente se equipara de manera errónea con el simple mejoramiento material de la vida de un individuo. La experiencia reciente nos muestra que las demandas de justicia social son sobre todo exigencias de una ciudadanía de primera clase... para la integración de cada ciudadano en la vida de su nación. Aquí radica, según me parece, la fuente de la revolución de posguerra que ha tenido lugar en África, Asia y América Latina —y aquí, en EUA, entre nuestro pueblo negro. Responder simplemente mejorando la alimentación, la habitación y la educación, e introduciendo otras mejoras materiales, es desestimar el significado total de esta corriente revolucionaria que abarca a una gran parte del mundo. La respuesta será adecuada únicamente cuando sea congruente con los objetivos no materiales de las demandas en favor del desarrollo. Y aquí reside la razón principal para la reforma en América Latina, para una transformación de las estructuras básicas de las sociedades de tantos de los países de la región. La reforma es indispensable sobre todo para terminar con la degradación y la exclusión. Es concebible que pudiera descartarse la pobreza sin hacer estas reformas, pero sin ellas no podría aboliarse la ciudadanía de segunda clase. Y si alguien duda de que ésta es la clave de las aspiraciones de América Latina, que lea los lemas y oiga los gritos de los nacionalistas de toda la región. Esos lemas y esos gritos exigen dignidad, justicia, libertad. Expresan un sentimiento muy semejante al de un negro en la mesa de un restorán del sur de Estados Unidos, quien tiene hambre espiritual más que física, y que exige más bien dignidad y su reconocimiento como ser humano que un mero alimento corporal. He dicho antes —y no me cansaré jamás de repetirlo— que los países no logran su desenvolvimiento sólo por alimentarse. Y, a menos que aceptemos este hecho elemental y actuemos tomándolo en cuenta, impulsando reformas significativas y a veces incluso violentas, es posible que el pan que ofrecemos se desperdicie.

Como lo he señalado antes, este mismo día, tenemos tres grandes oportunidades en América del Sur. Los gobiernos de Brasil, de Chile y de Perú, están actuando valerosamente en pro de los objetivos de la Alianza, y merecen todo nuestro apoyo. Aparentemente lo están recibiendo en los casos de Brasil y Chile. Espero que pongamos el mismo entusiasmo en respaldar y alentar la autoayuda y los esfuerzos reformistas del presidente Fernando Belaúnde, en Perú. El hecho de que el presidente Belaúnde esté envuelto en un litigio con una compañía petrolera norteamericana debe tratarse como un asunto separado. El gobierno de Estados Unidos debe hacer todo lo posible porque se llegue a un arreglo en esta disputa, con mutua satisfacción de ambas partes. Pero es un claro caso de deslinde entre dos cosas distintas, y no debiera permitirse que el litigio petrolero se mezcle con la ayuda para el desarrollo al gobierno de Belaúnde hasta el punto de condicionar ésta a la solución del litigio. Es verdad que uno de los elementos para la administración de la ayuda es la hospitalidad para las inversiones privadas extranjeras que contribuyen al crecimiento económico. Pero, si bien un litigio tal como el del petróleo en Perú tiende a concentrar sobre él la atención, debiéramos considerarlo en la perspectiva de la actitud del gobierno peruano hacia los nuevos inversionistas en otros sectores, y especialmente en el manufacturero y el de la construcción.

Esta es una de las facetas de lo que yo llamo política del desarrollo. Pero este nuevo y desafiante ramo de la diplomacia internacional presenta muchos otros aspectos. Existen oportunidades para actuar incluso ahí donde los gobiernos son menos eficaces en términos de sus esfuerzos de autoayuda y su marcha hacia la reforma, y aun ahí donde los regímenes son negligentes u hostiles.

He aquí algo de lo que puede significar la política del desarrollo:

1. *Demostrar convincentemente, donde quiera y cuando quiera que sea necesario, nuestra oposición a los golpes de estado militares.*

Esto no significa que haya que reaccionar de igual manera en todas las situaciones de ese tipo, sino que hay un

amplio margen para aumentar la congruencia de nuestras actitudes en este dominio. Si todos los integrantes del personal de nuestras embajadas se hubiesen mantenido tan alertas contra los complots militares como se mantuvieron en contra de las conspiraciones comunistas en países tales como la República Dominicana, Honduras y Bolivia, es posible que aún hubiese gobiernos constitucionales en esos países. Tampoco era necesario apresurarnos a proclamar nuestra satisfacción por el derrocamiento de Joao Goulart, en Brasil. Fue éste un caso en el que un gobierno civil se desbocó, forzando virtualmente a los militares a intervenir. Es posible que el golpe haya respondido a una lamentable necesidad, pero sin duda no era motivo adecuado para expresiones públicas de regocijo en Washington. La postura correcta de EUA no podía consistir en dar su aplauso a un acto inconstitucional, sino en expresar la renovada disposición de EUA para unirse a Brasil en la tarea de retomar la corriente del desarrollo económico y la reforma social en el punto en que Goulart la dejó.

Soy contrario a los golpes militares no solamente porque son inconstitucionales, sino porque 9 de cada 10 casos retrasan o detienen los programas de desarrollo. La mera continuidad de un gobierno —aun cuando éste se halle lejos de ser perfecto— ofrece oportunidades para trabajar con los individuos y grupos de un modo tal que a lo largo de cierto período puede rendir fruto. Y las fuerzas políticas actuantes en el país pueden planear y esperar a una fecha dada para una prueba en las urnas. La discusión pública de los asuntos de importancia puede iniciarse, y ampliarse y fortalecerse paulatinamente la participación popular en el proceso de desarrollo. Un golpe militar echa a un lado todos estos esfuerzos y expectativas. Hay, en otras palabras, un aspecto práctico tanto como un aspecto constitucional en este problema. Las razones básicas contrarias a los golpes de mano militares en América Latina son tan sólidas, que sería aconsejable revisar todo nuestro programa de asistencia militar, así como la magnitud y composición de nuestras representaciones militares en la región. El propósito de esa revisión sería asegurarnos absolutamente de que la cooperación que se requiera entre nuestro personal militar y sus contrapartes latinoamericanas no obstaculiza de ningún modo el franco apoyo de nuestras oficinas políticas para sostener a los gobiernos constitucionales.

Hemos de aprender también que lo que hacemos en un país produce un efecto de demostración en otros. Nuestra política en relación con un país determinado suele definirse demasiado exclusivamente con base en las recomendaciones de nuestro respectivo embajador. Debiera ser para Washington un requisito *sine qua non* el añadir a la "combinación" de consideraciones que concurren para la toma de una decisión definitiva, una fuerte dosis de pensamiento regional, particularmente a la luz de los objetivos de la Alianza para el Progreso. La vigorosa y firme actitud del presidente Kennedy después del golpe militar de 1962 en Perú, por ejemplo, puede haber tenido escaso efecto inmediato, aunque tuvo una repercusión posterior sobre los grupos militares de Lima. Pero estoy convencido de que tuvo resonancia en todo el resto del hemisferio y contribuyó en mucho a dar forma a la imagen como paladín del gobierno constitucional y como un presidente de EUA que en verdad rompió con las antiguas prácticas.

## 2. Comprender las diferencias entre nacionalismo y comunismo.

Todos sabemos que los comunistas se ocultan hábil y con frecuencia efectivamente tras la máscara respetable del nacionalismo en los países de América Latina. Pero esto no significa que todos aquellos que utilizan lemas antinorteamericanos, o se oponen a la política de EUA en una situación dada, o recurren a un lenguaje fuerte para oponerse al *status quo*, son comunistas. No olvidemos que América Latina atraviesa por una era revolucionaria, y que hace menos de 4 años nos comprometimos a ayudarle a realizar los fines de esta transformación económica y social. No olvidemos tampoco, así pues, que el lenguaje de los revolucionarios —incluyendo a los no violentos— tiene que ser fuerte y emotivo. Con demasiada frecuencia parecemos discriminar excesivamente en la elección de nuestros amigos, parecemos estar diciendo que "quien no está con nosotros está contra nosotros", mientras que los comunistas postulan que "quien quiera que no está con nosotros, lo estará pronto". Debíamos marcar nuestro

límite contra los partidarios conscientes y decididos de la conspiración comunista, pero debíamos tratar de encontrar un terreno común con los nacionalistas sinceros. A veces tengo la impresión de que miramos con desdén a quien quiera que fije su posición a la izquierda de un altanero "hombre fuerte".

## 3. La política del desarrollo implica también poner en obra un eficaz programa cultural e ideológico.

Uno de los grandes activos en la balanza de la Carta de Punta del Este es que tiene un contenido ideológico. El presidente Kennedy entendía esto y comprendía su importancia para América Latina. Las ideas de las reformas básicas, de la revolución pacífica, de una nueva relación entre la agricultura y el resto de la sociedad, de la introducción o creación de una comunidad económica competitiva, progresista, y de la creación de un mercado común de amplitud regional, así como otros conceptos contenidos en la Carta, son ideológicamente atractivos en diverso grado. En su conjunto, constituyen un programa alternativo al de los comunistas. El problema radica en que los comunistas no se ven sometidos a la carga de la prueba. Excepto en Cuba, donde han dado muestras de su fracaso para nuestra satisfacción, no hay ningún otro país, donde tengan el poder. Pero nosotros y nuestros socios en la Alianza, estamos abrumados de responsabilidades, y nuestras posiciones ideológicas están sometidas a prueba y medida en confrontación con nuestros logros. No podemos permitirnos ir, así sea un ápice, atrás de las premisas de nuestro gran programa. Lo más urgente es seguir adelante con sus reformas básicas, que son su más atractivo elemento ideológico.

Más allá, necesitamos establecer un diálogo mucho más efectivo y lleno de significado que en el pasado con los estudiantes y la comunidad intelectual. Muchos de nuestros esfuerzos en este campo han sido de principiantes. Hace apenas unos días, el columnista Constantine Brown informó desde Roma que al parecer los comunistas franceses e italianos han asumido la tarea de intercambiar estudiantes con América Latina, y señala que se ha puesto en marcha un nuevo plan italiano para el "intercambio cultural de estudiantes", conforme al cual los jóvenes comunistas italianos son enviados a La Habana para estudiar política latinoamericana, y de ahí a las diversas naciones de América Latina. La razón para conferir esta misión a los italianos —informa Brown— consiste en que el finado Palmiro Togliatti desarrolló una técnica suave que resultó sumamente efectiva en el ambiente católico de Italia. También los comunistas franceses han aprendido a trabajar eficazmente en su ambiente. "Cada vez es más evidente —dice Brown— que los comunistas están reemplazando gradualmente el lema "trabajadores de todo el mundo, uníos", por el de "estudiantes de todo el mundo, uníos". Esta es simplemente la prueba más reciente de la larga y triste serie de pruebas que demuestran lo bien que los comunistas reconocen el papel y la importancia de los estudiantes e intelectuales en América Latina, y lo mal que lo comprendemos nosotros.

En los países latinoamericanos —como sucede en realidad en una gran parte de Europa y de Asia— los estudiantes han sido tradicionalmente los sostenedores de las causas revolucionarias. A diferencia de nuestras universidades —excepción hecha de la de Berkeley— a las que los estudiantes van a estudiar y a prepararse para su vida profesional, los estudiantes latinoamericanos dedican una gran parte (una parte que a nosotros tal vez nos parezca excesiva) de su tiempo a las cuestiones políticas. Esta tendencia tiene serios inconvenientes desde el punto de vista del desarrollo, que exige especialistas con un buen adiestramiento escolar mucho más que políticos a medio cocinar. Pero queda en pie el hecho de que por ahora y por cierto tiempo en el futuro los estudiantes participan en política, y merecen y necesitan que les prestemos seria y urgente atención. Debemos traerles aquí, y enviar a nuestros propios estudiantes a sus países en números mucho mayores, y en todo caso debemos estar preparados por nuestra parte para debates arduos, hábiles y plenos de recursos sobre la base del respeto a las opiniones de los estudiantes latinoamericanos.

Otro elemento importante en esta faceta de la política para el desarrollo radica en la creación de cuadros eficaces en los sectores obrero y campesino para favorecer el avance hacia las metas de la Alianza. Esa labor ha sido llevada a

cabo en el pasado con éxito por organizaciones privadas norteamericanas en diversos países, y hasta cierto punto sigue siendo llevada a cabo en el sector obrero. Algunos de los esfuerzos más imaginativos, tales como el del CIDES (Centro Interamericano de Estudios Sociales) que se destinaba a un adiestramiento político e ideológico sistemático en la República Dominicana durante 1962, han sido objeto de acerbas críticas no sólo por parte de los comunistas sino también de los poderosos elementos conservadores de EUA. Naturalmente tales esfuerzos fueron conducidos en un ámbito político situado a la izquierda del centro. Lo que explica su éxito contra la amenaza de la extrema izquierda. Es un signo de ignorancia política criticarlos o atacarlos en nombre de la libertad o la democracia.

En el frente cultural existe un vasto vacío que llenar. No cabe duda de que los latinoamericanos cultivados saben mucho más de nosotros, que nosotros acerca de ellos. Cuando el finado William Faulkner llegó hace algunos años a Lima, yo me encontraba accidentalmente en el aeropuerto y pude dar testimonio de una demostración de masas para darle la bienvenida. ¿Pero significan algo los nombres de Rubén Darío, Rómulo Gallegos o Martín Luis Guzmán para cualquier persona en EUA, excepto para los contados profesores y estudiantes especializados en literatura latinoamericana? En todos los lugares del mundo los hombres son algo más que entes políticos o económicos. Y en América Latina, como en los países europeos, existe un sentido especialmente desarrollado y un gusto particular por las obras culturales. Llámese un sistema diferente de símbolos de *status*, o llámese como se quiera, pero es preciso reconocer su existencia. Aprendamos más acerca de nuestros vecinos, y pongamos a su disposición las magníficas cosas que podemos mostrarles, y actuemos ante los ávidos observadores y auditorios de toda la América Latina.

#### 4. Finalmente: poner en práctica una política comercial acorde con la Alianza para el Progreso.

Practicar una política comercial acorde con la Alianza para el Progreso es carne y hueso de nuestra política para el desarrollo. Una gran parte de las dificultades económicas a que hacen frente nuestros amigos del sur obedece a la inestabilidad del comercio en productos básicos. Los precios suben y bajan como el mercurio. Pueden elevarse y mantenerse al mismo nivel por cierto tiempo, pero lo más probable es que en breve reinicien su nerviosa danza. Demanda inelástica, sobreproducción, condiciones climáticas: todos estos factores contribuyen al fenómeno de inestabilidad que aqueja a todo el mundo subdesarrollado precisamente en los momentos en que requiere con mayor urgencia obtener ingresos altos y regulares de sus ventas al exterior. Los países en vías de desarrollo han planteado una serie de propuestas destinadas a estabilizar los precios, y mantienen francamente que Estados Unidos y otras potencias industrializadas deberían cubrir el costo del programa. No estoy defendiendo la adopción de todas las medidas propuestas por las naciones que surgen. En realidad, abrigo dudas sobre la viabilidad de algunos de sus planes, pero me parece que no es congruente utilizar considerables cantidades de la ayuda exterior norteamericana para invertir las en los países en vías de desarrollo, con la aplicación de una política comercial que mantiene a bajo nivel sus ingresos regulares por exportaciones. En resumen, la pronta adopción de una política comercial más favorable constituye una proposición práctica. El comercio y la ayuda estuvieron íntimamente entrelazados en nuestros tratos con Europa en los días del plan Marshall. Esto mismo debe seguir siendo valedero actualmente, en la era de la Alianza para el Progreso y en la asistencia para el desarrollo en Asia y África.

Así pues, la política para el desarrollo desemboca en ciertas claras elecciones y en la expansión de los horizontes de nuestra diplomacia y nuestra política económica. Implica el establecimiento y sostenimiento de una política y una imagen que apoye a las fuerzas y recursos existentes y que ayude a movilizar las fuerzas y recursos potenciales en favor del desarrollo.

Pero no consiste, de ninguna manera, en hacer caso omiso de nuestras diferencias con dictadores al viejo estilo, que son a la vez sostén y símbolo del *status quo*. Poco puede alegarse cuando, tres y medio años después de que Estados Unidos propuso un programa de desarrollo dentro de un ambiente de libertad, leemos las informaciones de un respetado corresponsal

de Puerto Príncipe, Haití, quien escribe que Estados Unidos conduce otra vez lo que se describe como "relaciones normales" con el gobierno Duvalier. Señala que los funcionarios del gobierno haitiano están sumamente complacidos con la "nueva" actitud del embajador de Estados Unidos. Pero al parecer los únicos satisfechos son ellos. Los diplomáticos compañeros del embajador norteamericano tienen una actitud diferente. Conforme a lo que dice este periodista, un funcionario extranjero afirmó —y ahora lo cito—: "A Estados Unidos no le importa estar en compañía de un cerdo o de una mesalina". Y un empresario haitiano manifestó que si el gobierno Duvalier cayese, "difícilmente se encontraría un haitiano que no fuera antinorteamericano".

Ultimamente hemos oído muchos argumentos en favor de una vuelta a las políticas probadas, prácticas, del pasado, y acerca de la necesidad de apartarse de las nociones idealistas y alejadas de la realidad de los "intelectualoides" que soñaron innumerables fantasías ideológicas. ¿Corresponde nuestra política en Haití a este punto de vista? Me parece a mí que hablar de "pragmatismo" y "firmeza de decisión" en la diplomacia interamericana es olvidarse de una de las verdades elementales de nuestros días: la historia evoluciona con rapidez en esta época de mediados de la década del '60. El autoafirmativo pragmatista de ayer puede encontrarse flotando en el limbo —o en una isla— el día de hoy. Y el romántico incurable de hoy puede resultar el empedernido realista de mañana.

Es cuando una nación confía sus más altos cargos a hombres con visión —soñadores y románticos si se quiere— cuando se adelanta de los acontecimientos y llega a asumir una posición de verdadero liderazgo. John F. Kennedy era uno de esos líderes, y la Alianza para el Progreso fue una prueba de su visión. En un análisis de la política de Estados Unidos respecto de todo el "tercer" mundo o el mundo en vías de desarrollo, el periodista Joseph Kraft escribió hace sólo unos días —y cito aquí sus frases—: "Los años de la era Kennedy... fueron de creciente armonía entre Estados Unidos y los países del Tercer Mundo... Diversos factores concurren para el arribo a ese estado de cosas relativamente tranquilo. La juventud y personalidad del presidente Kennedy ayudaron, del mismo modo que los Cuerpos de Paz, y la información más imaginativa, y los programas culturales. Pero la esencia del éxito residió en la formulación de opciones políticas correctas. Por primera vez, Estados Unidos tomó la iniciativa deliberada de cortar sus nexos con los regímenes extranjeros reaccionarios y de base estrecha. En cambio, Washington respaldó sistemáticamente a los dirigentes políticos de la izquierda moderada, con popularidad y visión social... Fue en virtud de esa opción política que resultó posible salvar la distancia entre Estados Unidos y las aspiraciones de los pueblos que no son blancos, ricos y poderosos".

Este es, según me parece, el aspecto crucial de la política en relación con el desarrollo. Sería el último en afirmar que este tipo de diplomacia es un lecho de rosas para quienes la practican. Implica el tratar con hombres inquietos, de mente independiente. Implica operar en un clima de rápidas transformaciones y fermentos activos. Obliga a largas explicaciones en Estados Unidos, donde las noticias sobre cambios, disputas e inquietudes son fácilmente tomadas por malas noticias, y donde la falta de noticias se interpreta generalmente como el término de las dificultades.

*Una de nuestras grandes deficiencias está en el diagnóstico político. Demasiado frecuentemente creemos que la presión está disminuyendo cuando en realidad sucede que ha sido reprimida más fuertemente.*

Yo pienso que John Kennedy diagnosticó correctamente hace tres años y medio. Observó el surgimiento de una revolución, y procuró entenderse con ella.

El dinero, la capacidad técnica y la burocracia fueron parte de su arsenal. Pero es aún más importante el hecho de que adoptó una posición política e ideológica. Se pronunció por el cambio, por las transformaciones revolucionarias, y lo hizo incluso cuando provocaba resentimientos en los más altos sitios. Sus palabras fueron creídas, lo mismo por quienes temían y se oponían al cambio que por quienes lo deseaban y auspiciaban.

Hoy en día seguimos usando el dinero, la capacidad técnica y la burocracia, en proporciones aún mayores y con menos limitaciones. Pero ¿no hemos olvidado que hay una revolución en marcha?